

Nº 536
8
Noviembre
2021
Lunes



Pedro garantiza que toda España estará con La Palma

Emilio Álvarez Frías

Puede que las ayudas se hayan perdido bajo una lengua de lava. Acaso estén disueltas con la ceniza de cualquier explosión de las que suelta continuamente el volcán con vocación de hacer la puñeta a los palmeños. O su importe se lo haya tenido que gastar Pedro Sánchez en combustible para el Falcon en los viajes por Europa para contar lo del Cumbre Vieja mientras hablaba del cambio climático y esas cosas –además de saludar a Joe Biden con la efusión que lo hace en cualquier lugar con el que topa–, y las escapadas que ha realizado en los ratos que le quedan libres para ir a La Palma a



hacerse fotografías con los naturales del lugar a los que no les llega ni un euro de los prometidos y aprobados por el consejo de ministros. Porque, según dicen los interesados que andan como zombis por la isla sin saber dónde depositar su cuerpo, no han visto nada salvo lo que hasta la fecha ha podido aportar el Cabildo más lo que envían los generosos españoles de todos los rincones de la Península. ¿Acaso se refiere Pedro Sánchez, cuando habla de que toda España está con La Palma, a lo que directamente están aportados los ciudadanos de esta patria tan manipulada.

Las promesas de Pedro, ya sean in situ, ya a través de la tele, ya para evitar respuestas a

las preguntas que le puedan hacer los periodistas sobre los compromisos que ha contraído con los depredadores de España para que le aprueben los Presupuestos, son más volátiles que las lluvias de cenizas que suelta el susodicho volcán que, al parecer, no tiene nombre per se, y pasará a la historia con esa denominación de andar por casa con la que lo conocemos.

No obstante, han montado un importante tinglado administrativo para que los damnificados puedan hacer sus reclamaciones; mas tienen que hacer tantas declaraciones, que se retrasa en demasía las ayudas que deberían recibir

quienes se han quedado sin nada, en la pura calle, porque sus casas y sus campos están bajo las correderas de lava. Como no podía ser de otra forma, es preciso demostrar que lo que cada quien ha perdido figuraba debidamente inscrito a su nombre en los correspondientes registros, saber si estaba ase-



gurado, y, como es normal en la Administración, un largo cuestionario de preguntas. Porque las promesas de Pedro de que nadie se quedará en la calle, que se le restituirá a cada quien lo que haya perdido, que volverán a tener sus plataneras y volverán a vivir como antes... está siendo valorado con lupa. No basta con que toda la isla sepa que aquel terreno era de esa familia, cuáles eran las plataneras que venían explotando desde los

bisabuelos, la casa que habían edificado con sus propias manos a la vista de sus compadres,... No. Para tener derecho hay que aportar el papel correspondiente, a pesar de que Pedro les asegure que «ahora mismo hay en Madrid un Gobierno comprometido con Canarias, con La Palma».

En este momento, casi dos meses después de que por aquel cráter empezar a salir cenizas, magna y todo tipo de componentes nocivos, llegan las primeras ocho casas prefabricadas, con cuentagotas, pues son cerca de mil las familias que han perdido su vivienda; a saber, pensarán quienes esperan su vivienda, cómo se empezarán a adjudicar dado lo complejo de analizar quién tiene más derecho a una vivienda.



A simple vista se aprecia la parsimonia con la que se van cumpliendo las promesas. Cuando una parte importante de la zona está cubierta por las cenizas, ahora se ponen en marcha algunos medios para hacer la limpieza. Quizá alguien leyó nuestro comentario anterior y puso en marcha un dispositivo para llevar adelante la limpieza de cenizas, pero recurriendo a los

mismos medios que para todo: los bomberos, los militares de la UME, los voluntarios y alguna pala excavadora que andaba por allí. No se lo han tomado en serio ni, al parecer, saben qué van a hacer con las cenizas, lo que ya tenía que estar previsto antes de que inunden la isla.

Se ha prometido que España se volcará en la isla La Palma para devolverla a su estado primitivo en la medida de lo posible, pues los mares de lava serán imposibles de retirarlos. Pero en este momento tenía que haber en la isla un hormiguero de gentes trabajando en construcciones, limpiando cenizas donde resulte posible, abriendo nuevas carreteras y poniendo en marcha todo lo necesario para que la promesa no sea para un «después» perdido en el tiempo.

Sobre todo teniendo en cuenta que las promesas de Pedro Sánchez apenas suelen durar un día. Cambian cada poco tiempo, se cruzan las positivas con las negativas, nunca se sabe con seguridad si son esto o lo otro, quién y cómo

se va a hacer cargo de convertirlas en realidad, cuál es el programa establecido para ello por los correspondientes asesores que tiene a porrillo. Lo más seguro y esperanzador sería que él desapareciera de la pantalla, dejara descansar el Falcon, se retirara a un escondite perdido en la España despoblada, y los españoles de bien empezaran a actuar con la prontitud y aceleración que siempre les corresponde intervenir después de una etapa socialista-comunista.



Nosotros colaboraríamos con el botijo que hoy nos acompaña, antiguo, conocido como «botijo de pescadores de las islas Baleares» y, al parecer, fabricado en Menorca. Está concebido con la idea de que se mantenga rígido en las barcas sin que le afecte el oleaje a que ha de estar sometido. Porque ahora hay que vencer un gran oleaje, aparte los disgustos que produzca Cumbre Vieja.

* * *

El cambio climático

Enrique del Pino

Unos cuantos mandatarios de las naciones de la Tierra se han tomado un descanso para tomar la Fontana de Trevi como fondo de la pintoresca foto que les compromete a volver alguna vez a Roma, no sabemos si en busca de un amor ansiado o pretendido, que de todo habrá. Es lo cierto que cada uno con sus rémoras auestas se ha echado a las espaldas la profética misión de asegurar para el año no sé cuántos que el planeta estará libre de problemas en el 2030, 2050 o, como los indios de la India, para dentro de 50 años. Después han ido a tomarse unos güisquis a Glasgow, se supone a seguir la juerga. Después unas cuantas fotos más y a donde sea, porque esta gente



no tiene harturas. Entre ellos, como no, estaba el sujeto (de la oración) que detenta el poder en España, entre otras cosas para servir de apoyo al brazo del señor Biden, que tuvo a bien descansarlo encima de su asendereado hombro, me parece que durante otros 29 segundos.

Cada quisque sabe muy bien dónde le aprieta el zapato en su respectivo país, como es

natural, por lo que no procede preguntarnos a qué clase de orgía han asistido; lo que ya es distinto es saber si el que nos gobierna estaba enterado del caso. Es decir, del rollo ese del cambio climático. Parece que no del todo. Da la impresión de que ignora, entre millones de cosas, que los cambios climáticos se suceden en el planeta Tierra desde que esta existe, porque forma parte de su estructura. Nosotros estudiábamos que se habían contabilizado los cuatro

últimos, durante millones de años, con treguas que llamaban interglaciales, pero es conocido que en el remoto pasado hubo muchos más. Sucede que habitamos un planeta que está sujeto a millones de interconexiones cósmicas y cuando le apetece da señal de sus caprichos hoy por aquí y mañana por allá, con los consiguientes desastres añadidos. No se trata de subir o bajar un grado más la temperatura global sino de atenernos a lo que nos toca, ya sea en forma de epidemia, de riada, de terremoto o... ¡de volcán! Y ahí entramos, hoy por hoy, los que vivimos en ella.

Porque el señor que le ha tocado gobernar España parece reunir todas las condiciones exigidas a lo que comúnmente llamamos gafe, pues en su inexplicable mandato se están dando las notas de esta malhadada forma de llevar un país. No solo conforma un gobierno comunista, para asombrar a Europa, sino que le toca bailar con la más fea, que llaman pandemia, cuya mecánica endosa a sus subordinados, que hacen lo que pueden, y oculta los muertos, que las televisiones se esmeran en no declarar. La inflación se dispara, los precios suben, la electricidad achicharra, la reforma laboral la lleva a mal traer, para gloria de la ministra comunista y desgracia de la otra, la del traje chaqueta. Y los moros de Marruecos cierran la llave del gas, que es lo que faltaba. Por último, para no cansar, el volcán de la Palma. Lo dicho, no es un gafe sino un regafe. Más de uno está expectante, pues a ver con qué invención



de su maquiavélica mente sorprenderá al pueblo cuando anuncie elecciones, que de esa no se va a escapar.

Pero lo del volcán... ¿Quién con más credenciales que él, hacedor de España, mesías soñado por la Historia, para plantarse en una reunión del G-20 (gilipollas veinte) con conocimientos de causa?

¿Quién mejor que él para estar allí, después de haber pisado las cenizas de la isla en cinco ocasiones, con su Falcon plateado? Nadie, ni los de más mimbre puede comparársele. Para hablar del cambio climático hay que estar acreditado por un equipo de expertos que cada día que pasa asombra más. Se trata de prometer y prometer y salir de allí corriendo, no sea que a los palmeros les dé por el abucheo, que es la fórmula civilizada que tenemos los españoles para mostrar nuestro cariño institucional. Pero no debemos olvidar que para el individuo que gobierna España el cambio climático lo tiene en casa. Que no le llega de fuera, de las entrañas de la Tierra, sino de las suyas propias, porque en el cambio que predica están disueltas las moléculas de su ser equivocado. En él convergen todos los males de este siniestro mundo, por más que con sus andares de pato vaya por ahí alardeando de ser un G-20 mindundi, para hazmerreír del populacho.

Pero no importa. Mientras le sostengan separatistas y comunistas, que ruede la bola.

* * *

¿Causas perdidas?

Manuel Parra Celaya

Del larguísimo folletín (y excelente película) *Lo que el viento se llevó* me quedó grabada siempre una escena, entre romántica y épica: aquella en la que Rhett Butler (Clark Gable), revólver al cinto, besa apasionadamente a Scarlett O'Hara (Vivian Leigh), con el fondo del Atlanta en llamas, y le manifiesta su intención de luchar por la Confederación en derrota, con la frase: «*Me gustan las causas perdidas*».

Uno, que es escasamente romántico (y sí algo sentimental) y poco dado a la épica (por razones de edad y condición), asume con gusto la frase mencionada y se confiesa también adalid de supuestas *causas perdidas*, según consideración de algunos amigos y de muchos que no gozan de esta categoría; por



ejemplo, de las que menciono a continuación...

A propósito de estos últimos días, no he perdido oportunidad de descalificar la celebración del *Halloween*, y no tanto por su presunto trasfondo satánico de origen, como por su cursilería y ñoñez, porque es una fiesta del todo punto foránea, de importación colonialista yanqui y por-

que pretende arrinconar las festividades cristianas de Todos los Santos y de los Fieles Difuntos, y la gozosa tradición gastronómica de la *castañada*.

Enmiendo siempre la plana a quien –sea clérigo o seglar– emplea el espurio término de *Latinoamérica*, y le pregunto si por un casual se refiere a Hispanoamérica o Iberoamérica, pues su vocablo es inapropiado, sobre todo, por



dos razones: primera, porque por aquellos lugares no circuló ninguna legión romana y sus habitantes no hablan, en consecuencia, la lengua del Lacio; segunda, porque el *palabro* proviene de la propaganda política lanzada por Francia en el siglo XIX para justificar su presencia en tierras del convulso México; añado que tanto ha sido el éxito de aquella maniobra que, sin

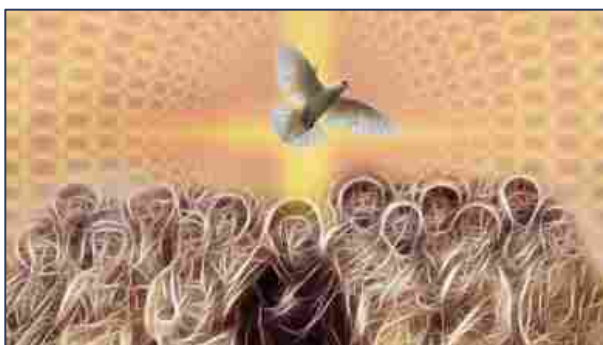
evitar el fusilamiento de Maximiliano, sentó plaza desde entonces en la estupidez o la incultura de periodistas, políticos y jerarquías eclesíásticas casi sin excepción. No se me escapa afirmar que su fin último en nuestros días es negar o menospreciar la obra histórica de España y Portugal.

No caigo en las aberraciones gramaticales del *lenguaje inclusivo*, empleo el genérico masculino con asiduidad, con la excepción de cortesía del «señoras

y señores» cuando me dirijo a un público desconocido, sin tener en cuenta si alguno de sus componentes no alcanza tal señorío. Consecuentemente, en la misma línea, manifiesto mi discrepancia con cantidad de peregrinas teorías biológicas, antropológicas y éticas que contradicen la naturaleza humana, por mucho que estén de moda y ostenten el *sello oficial*; incluso, en ocasiones, no tengo empaque alguno en usar, si cabe, toda la riqueza léxica del español para referirme a determinadas situaciones.

Pronuncio con rotundidad el nombre de *España* (nunca en vano) y no lo sustituyo por el melifluido de *país*; tampoco me corto un pelo en emplear la palabra *patria* y no la reemplazo por lo que debería ser su instrumento, el *Estado español*. Pongo en juego, si viene al caso, mis humildes conocimientos históricos en todo debate o tertulia, aunque las *verdades oficiales* intenten prevalecer sobre la evidencia de lo que fue, cosa que entiendo muy necesaria en esta sociedad *orwelliana* donde la tergiversación está a la orden del día; aún no ha conseguido nadie colocar en mi cerebro el chip de la *memoria democrática*...

En la misma línea, afirmo con toda sinceridad lo bien que lo pasé en mis años mozos, cuando asistía a marchas de montaña, campamentos y otras actividades juveniles, y, al mismo tiempo, me formaba en valores recios y permanentes, sin concesiones –incluso– a algunas otras *verdades oficiales* del momento.



Denuncio –racional y procuro que no pasionalmente– no solo los errores, mentiras y malas prácticas del mundo político vigente, sino también las propias bases ideológicas del Sistema al que este mundo ha prestado sumisión absoluta; así, el falseamiento de la democracia, la persistencia de unas estructuras sociales y económicas

radicalmente injustas e incluso, si es pertinente, los fundamentos filosóficos que sembraron los señores Rousseau, Locke, Hume y demás hermanos mártires para que se consolidara este Sistema por los siglos de los siglos.

Si se entra en tema religioso, distingo a mis interlocutores entre la Iglesia Católica como comunidad de creyentes, esposa de Cristo y marco de actuación preferente del Espíritu, de su organización terrenal dirigida por unas jerarquías que a veces no dan pie con bola en lo referente a lo humano y no digamos en lo político; y esto es en especial imprescindible en Cataluña, por ejemplo, a riesgo de tener uno que engrosar las filas del budismo en auge *progresista* o retornar a la época de los eremitorios en el desierto.

Para ser consecuente, recibo con cara de palo o con sonrisa irónica, según los casos, los calificativos ajenos a que pueden dar lugar mi sinceridad y mi amor por las *causas perdidas*; y me limito a contestar lo que me enseñó un buen amigo mío, más veterano en recibir invectivas: «*Mientras no me llames lo que eres tú...*».

* * *

La charada nacional

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

Cada vez que escucho a Sánchez, y aseguro que lo hago con atención, me asedia un cierto complejo de memo. He llegado a preocuparme. Tantos años amasando, mejor o peor, la harina del idioma y cuando aparece el presidente en la tele y habla, habla, habla, tengo la sensación de que se me plantea una charada, ese pasatiempo que induce a adivinar palabras a partir de una pista. Él acaso da pistas pero nunca consigo saber a qué se refiere, a dónde quiere llegar; no construyo nada inteligible ni coherente desde lo que dice.

Achaco este fenómeno a dos posibles causas. Por una parte, porque a Sánchez le ha dado por emplear el llamado lenguaje inclusivo. El español lo hablan 580 millones de personas en el mundo y ahora padece el acoso de la estulticia ignorante. La llamada lengua inclusiva es falsa, un fraude, una pirueta verbal de salón. ¿Alguien se imagina al presidente del Gobierno o a su ministra de



Igualdad dirigiéndose a su parentela como «hijos, hijas, hijes»? ¿Iniciaría Yolanda Díaz su intervención ante un claustro universitario con el «autoridades y autoridades» que empleó en el Congreso de Comisiones Obreras? Claro que no. Es un lenguaje para uso –mal uso– destinado a palmeros, incautos o indigentes intelectuales. Al propio presidente le resulta forzada su utiliza-

ción y suele equivocarse cuando la emplea. Recientemente, en una de sus homilías, nos hablaba de «parados» y «paradas» pero de inmediato acogía al colectivo bajo el término «autónomos» olvidando a las «autónomas» que, digo yo, tendrán el mismo derecho según la inventada jerga.



Por otra parte, y acaso éste sea el motivo mollar para no encontrar inteligible lo que dice Sánchez, es su incoherencia, la imposibilidad de encontrar una línea llana en lo que sale de su boca. En horas veinticuatro o aún en menos, el tiempo que tardaba Lope en llevar sus creaciones

de las musas al teatro, nuestro presidente del Gobierno es capaz de cambiar varias veces y sucesivamente de opinión; hubo ocasión en que en ese espacio temporal anoté hasta cuatro opiniones distintas y contradictorias sobre un mismo tema. Aquel «no es no» se ha convertido demasiadas veces en «sí», «casi», «veremos», «puede», y el españolito de a pie, por muy voluntarioso y crédulo que sea, ya no sabe a qué atenerse.

Cuando escribo estas líneas el tema palpitante es la reforma de la reforma laboral de 2012 debida a Rajoy. El presidente pasó en pocas horas de aceptar

su derogación a negarla, de inventarse términos alternativos como «modernización», «modificación», «puesta a punto», «cambio en matices» y varios subterfugios más que eludían su derogación, a volver al punto de partida: derogará aquella reforma. Pero como no podía eludir mentir, al fin y al cabo hablamos de Sánchez, declaró que en la nueva norma se incluirán los ERTE, fórmula tan beneficiosa. Y claro que lo es, como se ha comprobado, pero los ERTE ya figuran en la reforma de 2012 y por eso ha sido posible utilizarlo en circunstancias difíciles.

En su momento la reforma laboral nació de la UE como método para preservar el empleo. Y en Bruselas no han cambiado de opinión. Por eso cucamente Sánchez ha incluido en su acuerdo consigo mismo, es decir con la vicepresidenta



Yolanda Díaz, que estrena más vestidos que Jackie Kennedy en sus años dulces.

Los comunistas son piezas de museo en la UE. El Parlamento Europeo condenó, juntos, al comunismo y al nazismo en 2019, como continuidad de condenas anteriores por «los crímenes de los regímenes comunistas totalitarios».



dentista segunda de su Gobierno, la apostilla de que la reforma de la reforma se realizará contando con los empresarios y en consonancia con la propuesta del Gobierno a la UE. En esa propuesta no se habla de derogar la reforma. En Bruselas se fían de la más bien seca Nadia Calviño, que ha trabajado para la UE, y no de la simpática y elegante comunista

El grupo en el que se integra Podemos en el Parlamento Europeo votó en contra; los socialistas europeos votaron a favor. La Resolución, a nadie extrañará, tuvo escaso eco mediático en España.

Detrás de la reforma de la reforma laboral están los sindicatos, tan pazguatos y calladitos cuando gobierna la izquierda, que quieren aumentar su poder y sus dineros desterrando los convenios de empresa, que han salvado tantas pequeñas y medianas iniciativas empresariales, y manteniendo sólo los convenios sectoriales que, por su volumen, no preservan los empleos que logran salvar las empresas de menos trabajadores en negociaciones directas.

¿Qué ocurrirá al final? No se sabe porque con Sánchez nunca podemos estar seguros de lo que dirá al día siguiente. No le entienden muchos ciudadanos; demasiados. ¿Se entiende él a sí mismo? A menudo no se pone de acuerdo con su propio Gobierno. ¿Logra estar de acuerdo consigo mismo? He llegado a pensar que es patológico. Pero estoy seguro de que la UE no se dejará engañar. Varios países se niegan a dar un euro a España si se deroga la reforma laboral. Tienen embajadores en Madrid que trabajan y lo hacen bien. Uno de

sus menesteres es informar de lo que ocurre. Esta búsqueda de palabras tras las palabras, este acertijo, esta charada nacional, puede conducir a la melancolía y, si se agrava, a la esquizofrenia. Y, sobre todo, puede condenarnos a no recibir un euro. Sánchez ya ha gastado muchos repartiéndolos a su capricho.

* * *

Sí, también queremos ser chantajistas

Roberto Blanco Valdés (*La Voz de Galicia*)

A pasionado lector de Asterix desde niño, una de sus aventuras ayuda a entender muy bien la actualidad política española: Asterix y Obelix viajan a Atenas para participar en las Olimpiadas y allí, a la hora de comer, se ponen morados zampándose succulentos jabalíes mientras los espartanos se alimentan con cuatro nabos mal contados. Hartos ya de tal discriminación, protestan por el agravio y, ante la llamada al orden de su riguroso entrenador («Los galos son unos decadentes»), es inmediata la salida de los atletas espartanos: «Pues nosotros también queremos ser decadentes. Sí, sí, decaigamos, decaigamos», gritan enfurecidos los hambrientos.

Sánchez dio el miércoles la espantada en el debate de totalidad de Presupuestos y, aunque su ausencia del Congreso constituye un inadmisibles desprecio al cuerpo electoral, es coherente con su forma de gobernar este país. El presidente negoció fuera de las Cortes con quienes lo tienen sometido a un chantaje permanente (ERC, PNV, Bildu y otras minorías diminutas), de modo que, amarrados ya esos votos, lo que restaba era faena de aliño: llamar fascistas a los restantes diputados.



Tal práctica plantea, claro, dos problemas de enorme gravedad. Al primero me he referido en otras ocasiones: que nuestro futuro y el de nuestros hijos depende del chantaje (en el sentido de la ciencia política) de partidos que odian el país que cogobiernan hasta el punto de

organizar una sedición secesionista o defender la herencia de una banda terrorista que mató, secuestró y extorsionó para imponer la independencia. España está, desde que Sánchez llegó al Gobierno, en manos de sus declarados enemigos.

Pero, además de ese disparate, inimaginable fuera de nuestras fronteras, la existencia del chantaje de los nacionalismos genera sobre los electores el mismo efecto que las comilonas de los galos sobre los sufridos espartanos: que antes o después convence a mucha gente de que lo mejor para ellos es «ser decadentes», o sea, disponer de un partido que, mediante el chantaje, obtenga para sus territorios ventajas similares a las de los nacionalistas.

Ahí está Teruel Existe, y el montaraz alcalde de Ourense proponiendo algo similar, y el BNG poniendo el chantaje de sus correligionarios vascos y catalanes como ejemplo vivo de lo útil que sería votar nacionalista. El efecto final

de tales actitudes es, por supuesto, imprevisible, porque, ya puestos a hacer chantaje territorial, este podría extenderse a las autonómicas (con partidos provinciales o incluso comarcales) y, ¿por qué no?, a las locales: Ronda Outeiro Existe, Lavadores Existe, Las dos Rúas de Santiago Existen y, como dicen los italianos, *cosí via*.

¿Se imaginan? España, sus provincias y sus municipios desaparecerían en medio de una auténtica borrachera de identidades diminutas que harían imposible, no ya la defensa, sino incluso la definición de los intereses generales. Y no crean que exagero, pues esa semilla está plantada desde hace mucho y ha crecido con fuerza en los tres últimos años.

* * *